

—¿Y el dinero que he cobrado del pobre Maltés?
—le hizo observar Marábito.

—Ese no es asunto mío—replicó, imperturbable, el notario.

—Pero es que el negocio, perdone, ¿lo he hecho yo o lo ha hecho «Vuecencia»?—preguntó el viejo, entre las risas de todas las vecinas—. ¡Pues tiene gracia! ¿No soy dueño de morir cuando quiera?

El notario levantó la cabeza con una cómica gravedad:

—No; hasta que no le haya pagado el último céntimo, no. ¡Si después, usted quiere seguir viviendo, tanto gusto! Le prometo a usted que nos divertiremos.

Y se marchó, dejando el dinero.

VIII

Zágara, el notario, era hombre de palabra.

En la mañana de aquel gran día, todo aquel arrabal, de Rábato, se despertó con el alegre trepidar de la banda que, a son de marcha se dirigía a la vivienda del viejo centenario.

La casuca había sido adornada con guirnaldas y banderolas durante la noche, mientras el viejo dormía. En la plazuela se habían puesto los palos para la girándula. Y las vecinas habían preparado otra sorpresa a su viejecito: un traje nuevo para

la fiesta, cortado y cosido por ellas mismas. Cuando la multitud, en unión de la banda de música se vertió en la plazuela, la puerta de la casuca permanecía cerrada.

—¡Viva Marábito! ¡Que salga! ¡Que salga Marábito!

Nada. La puerta seguía cerrada. En balde los vecinos golpeaban a ella con las manos y con los pies. La vibración de las cornetas y los golpes del bombo, entre el estruendo confuso de los gritos y de los aplausos ensordecía, e inútilmente, por aquí y por allá, alguien, intérprete de la consternación del vecindario, hacía señas de que callasen, de aguardar a que el viejo abriese la puerta y diese señales de vida.

De improviso otro grito partió de la multitud:
—¡Viva el notario!

Nocio Zágara se deshacía, con la chistera en la mano, dando gracias a todos, sobrepasándolos con su elevada estatura. Caro pagaba los vivas que no eran una burla en aquella jornada: la gente se divertía con la inopinada fiesta y le agradecía la diversión; no hubiera dado, seguramente, una semejante el Maltés.

Sí, pero tampoco la hubiese dado el notario, si hubiese podido imaginar el dolor y la humillación que había de producir en el viejo. Lo comprendió al llegar, ante la puerta, entre aquella baraunda de gente. Se hizo abrir paso; ordenó a los vecinos que guardasen la entrada, para impe-

dir que la multitud se precipitara al interior, y golpeó la puerta con el bastón, dando una voz.

El anciano abrió al fin, y entonces estallaron los aplausos y los gritos más clamorosos.

—¡Cómo! ¿Por qué?—exclamó don Nocio viendo a Marábito tembloroso y con lágrimas—. ¿Un pueblo entero le festeja y está usted llorando? ¿Así me agradece usted que haya querido celebrar sus cien años?

No hubo manera de hacerle comprender que aquella fiesta no tenía por objeto el ponerlo en berlina. Y, cuando al fin, arrastrado por el notario, se asomó a la ventanita de la puerta de la casuca, lloraba y sacudía la cabeza a los vivas y a los aplausos de la muchedumbre.

Anuca le llevó el traje nuevo, en unión de las demás vecinas; después, en la iglesia de Santa Cruz, se dijo una misa a la cual también el notario quiso asistir:

—¡La primera y la última!

Y, a la salida, disparar de cohetes y tamborileo. Llegó, al fin, la hora del banquete.

Nocio Zágara había alquilado, para esta ocasión, un almacén de planta baja, tan largo que no acababa nunca: de un extremo al otro corría la mesa. De un lado tomaron asiento los amigos del notario y del otro todos los vecinos. Marábito fué llevado en triunfo, casi a viva fuerza, sentándolo en el puesto de honor, junto al Zágara.

Estaba atolondrado. En medio del estruendo

volvía ora hacia uno, ora hacia otro de los comensales que le llamaban con los vasos en alto para augurarle otros cien años de vida, e inclinaba la cabeza, en acción de gracias. Pero no reía, no comía, no bebía.

Algunos, al principio, habían tratado de obligarlo, pero, después, a petición del notario lo habían dejado. La fiesta no era para él, sino para los demás; él, solo representaba allí, los cien años: los cien años sin razón de ser.

Pensándolo bien, todo aquel holgorio era, en su chavacanería, tan triste como un desaliento. Por añadidura, quisieron que el viejo hablase, que brindase, que dijese siquiera dos palabras. Tanto insistieron que, al fin, lograron que se pusiera en pie, con el vaso temblándole en la mano.

—¿Qué debo decir? Solo Dios conoce mi vergüenza. Doy gracias a mi bienhechor. Y no me queda ya más que poner un bando en la ciudad para que las gentes, en cuya casa entre la muerte, le digan que en Santa Cruz, en el Rábato, hay un viejo que desde muchos años la está aguardando y que venga por él...

Pero Marábito fué interrumpido en este instante por algunos comensales que se levantaron presurosos al ver, entre el coro de las risas que acompañaba cada una de las palabras del viejo, que el notario palidecía de improviso y dejaba caer la cabezota sobre el pecho.

Volviéronse todos a mirar, poniéndose en pie

y apelonándose en torno de Zágara. Creyóse en un principio, que la risa, el vino, el estrépito, hubieran ocasionado al notario aquella imprevista indisposición.

Entre el general desorden fué llevado en la misma silla a una casa vecina, sostenido por todos los brazos: tenía los ojos cerrados y la boca abierta, de par en par, de donde salía un angustioso estertor.

El amplio almacén, con la mesa en desorden, las sillas caídas, quedó desocupado. Nadie se había cuidado del centenario, que había caído al suelo presa de un convulso calofrío, en el instante en que acudía con los demás en ayuda del que, momentos antes, había llamado su bienhechor.

IX

Alguna gota distanciada sobre la trémula mano extendida: después, apenas perceptible, el repiquetear de las primeras gotas sobre los pámpanos casi amarillentos de la viña; al fin, las gotas arrieron y fué un amplio crepitar continuo.

—¿Llueve, abuelo?

El viejo Marábito inclinó varias veces la cabeza, sonriendo a Nociarelo, que se hallaba sentado a su lado, en el umbral del palacete que el Maltés había construido en el lugar de la antigua «cosa».

Grigóli y Anuca, casados desde hacía cuatro

años se hallaban fueran, en la tierra, vuelta a poder de Marábito, a la muerte del notario: Grigóli, subido en un olivo, iba desprendiendo la aceituna; Anuca las recogía en el suelo.

¡Pobrecilla! ¡Se hallaba nuevamente encintal El viejo hubiese querido ayudar a su hija adoptiva. No le pesaban ya sus ciento cinco años... Pero los muchachos no le consentían y le dejaban cuidando del niño, al que, por gratitud, habían impuesto el nombre del difunto notario.

—Abuelo, ¿y mamá? —preguntó nuevamente Nociarelo, consternado por la lluvia.

—Ahora vendrá corriendo—le respondió el viejo—. ¡Deja que llueva, que la tierra tiene sed y esta agua es bendita!

De cerca y de lejos, los gallos anunciaban alegremente el cambio de tiempo. Las alondras entreteníanse aún en los llanos, dudando que aquellas nubes fueran a tomarlo en serio; de cuando en cuando, cambiaban entre ellas algún pío breve, como si se aconsejaran:

—¡Escapémonos!